

Emergencia y declive de los terceros mundos: una mirada desde el nuevo milenio*

*BERNABÉ LÓPEZ GARCÍA***

*Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos
Universidad Autónoma de Madrid*

Resumen

El Tercer Mundo, o «los terceros mundos», aproximadamente las cuatro quintas partes de la humanidad (en África, Asia y América latina principalmente) es un fenómeno inseparable de la descolonización de los años cincuenta del siglo XX. Se constituyó en potente movimiento conocido como «países no alineados», siendo sus ideales los de libertad, independencia, reforma, modernización y progreso. A partir de la crisis petrolera de 1974 esa esperanzadora realidad ha sucumbido ante la globalización de la economía mundial controlada por el neoliberalismo capitalista. La deuda exterior les condena, casi sin remedio, a la pobreza, la inestabilidad política, la tiranía y el atraso.

Palabras clave: Tercer Mundo, neoliberalismo, globalización pobreza, siglo XX.

Abstract

The Third World, or «the Third Worlds», approximately four fifths of mankind (mainly in Africa, Asia and Latin America) is an inseparable phenomenon of the decolonization of the fifties in the twentieth century. It constituted a powerful movement known as «non-aligned countries», it's being its ideals progress. Starting from

* Fecha de recepción: 10-junio-2000.

** Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos. Facultad de Ciencias Económicas. Universidad de Madrid. Cantoblanco. 28049 Madrid. Telf.: 91 3975000. Fax: 91 39731818.

the oil crisis of 1974, that world economic has succumbed to the globalisation of the capitalist neoliberalism. Foreign debts condemn them irremediably to poverty, political instability, tyranny and backwardness.

Key words: The Third World, neoliberalism, globalisation, poverty, twentieth century.

He introducido en el título de este trabajo un plural significativo. Pretendo señalar, intencionadamente, la indudable diversidad de todos esos mundos periféricos marginados de la modernidad, aunque con ansias de ella. Pero también, apuntar con esa pluralización la pérdida de unidad de un bloque importante de países que suponen las tres cuartas partes de la humanidad y que antaño, hace tan sólo cuarenta años, integraban un coherente y —se creía entonces— potente movimiento conocido con el nombre de países no alineados.

En cualquier caso, este trabajo va a estar construido sobre la historia de lo que fue un movimiento emergente que perdió su vigor —aunque no la justicia de sus ideales— en paralelo al proceso de recuperación de posiciones del liberalismo desde la crisis petrolera de 1974, verdadero canto de cisne del Tercer Mundo, cuando se pensaba todavía que un *cartel*, la OPEP, integrado por los menos pobres de los países pobres, podía hacer frente al *cartel* de los poderosos.

Va a estar, pues, centrado este trabajo en el proceso de emergencia de ese tercer mundo, proceso evocado por un nombre, Bandung, localidad indonesia de la isla de Java, en la que los nuevos países que emergían se dieron cita en 1955 para conjurar los demonios del imperialismo y de la miseria.

Por deformaciones profesionales, las referencias a uno de esos terceros mundos, el árabe, serán mayores por la sencilla razón de que es el terreno en el que me muevo, pero desde la convicción de que la historia de la humanidad es una y los procesos ocurridos en diferentes y terceros mundos son paralelos y ninguno escapa al proceso de mundialización de la economía.

Sobre el concepto de Tercer Mundo

Pocos términos acuñados en un medio de comunicación habrán corrido tanta fortuna como el de «Tercer Mundo». Pero poca gente, tal vez, conoce hoy el verdadero sentido o al menos el sentido originario que le dio quien lo acuñara en 1952, en la revista francesa *France-Observateur*: a la sazón, Alfred Sauvy¹. En contra de lo que tradicionalmente se ha pensado, atribuyéndole una significación de «tercera vía» frente al mundo de la bipolaridad, Este/Oeste, el término «Tercer Mundo» hacía referencia a un mundo emergente sujeto de una revolución planetaria que se pensaba en trance de producirse en la década de los cincuenta, parafraseando la denominación del «Tercer Estado» que hizo la revolución de 1789 en Francia. Se presuponía, pues, una nueva revolución que cambiaría las bases del planeta.

¹ Así nos lo recuerda Yves Lacoste en su obra *Geografía del subdesarrollo*, Ariel, Barcelona, 4ª edición 1981, p. 38.

Con el tiempo, el término pasa por sinónimo de países subdesarrollados, o en desarrollo, pero cada vez más lejos de aquella connotación positiva que se le atribuía en origen, la de países con derecho a ser libres e independientes e incluso con derecho a pasar factura por décadas o incluso siglos de dominación colonial. Así, «tercermundista», pasó de ser sinónimo de joven, emergente, nuevo, a significar atrasado, chapucero e incluso corrupto.

El derecho a emerger

¿En qué fecha datar el comienzo de este proceso de emergencia? Es evidente que es necesaria una breve retrospectiva de la descolonización, que pasa por recordar la condena de la esclavitud en el siglo XIX² e incluso los congresos de Berlín y Bruselas en 1885 y 1890 en donde, en pleno tiempo de la hipocresía, las naciones colonizadoras se decían preocupadas por los intereses de los colonizados. Años más tarde, cuando se cree la Sociedad de Naciones tras la primera guerra mundial, el artículo 22 del Pacto de dicha Sociedad contempla la tutela por mandatarios de ciertas naciones hasta que alcancen su madurez social y política. Las colonizaciones cambian de aspecto, pero siguen siendo en su esencia la opresión de unos pueblos por otros. Hay, eso sí, una contradicción con principios que empiezan a gozar de predicamento en concepciones del mundo ampliamente definidas, tales el principio de autodeterminación de los pueblos proclamado por el presidente Wilson.

El tema de la liberación de los pueblos oprimidos será un tema clave para los movimientos que preconizan desde finales del XIX el fin de la explotación como alternativa al imperialismo. «Egipto para los egipcios», proclamaría Yamal Eddin al-Afgani, precursor de un fundamentalismo islámico conciliador con la «modernidad» de hace cien años. Egipto fue en cierto modo pionero de ese proceso nacionalista anticolonial, como también fue uno de los primeros países coloniales en lograr una, aunque precaria, independencia. José Martí, otro precursor en otro continente, vería así hace un siglo este duelo egipcio-británico:

«Así queda el problema: el ancla británica quiere clavarse en los ijares del caballo egipcio: el Corán va a librar batalla al Libro Mayor: el espíritu de comercio intenta ahogar el espíritu de independencia; el hijo generoso del desierto muerde el látigo y quiebra la mano del hijo egoísta del Viejo Continente³».

2 La obra de Marcel Merle, completada en su versión española por Roberto Mesa, *El anticolonialismo europeo. Desde Las Casas a Marx*, Alianza Editorial, Madrid 1972, sigue siendo un clásico para reconstruir el pensamiento anticolonial.

3 «La revuelta en Egipto», *Obras Completas*, La Habana, 1963-73, 14, 113. Citado en B. López García, «José Martí y el despertar del mundo árabe: la conciencia de un renacimiento», en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 4 (1981), pp. 286-297.

Liberación, nacionalismos y revolución mundial

Pero también será, el de la liberación, un tema que divida a los movimientos políticos, a la propia izquierda, como ocurrirá con la II Internacional en su Congreso de Stuttgart de 1907. Reformistas o colaboracionistas de un lado y revolucionarios de otro, plantearán alternativas encontradas en lo que a la acción frente al colonialismo se refiere. Mientras los primeros consideraban que la colonización, bajo un régimen socialista, podía desempeñar un papel civilizador, los segundos, Lenin, Rosa Luxemburgo, Martov o Clara Zetkin entre otros, defendían que no debían separarse las acciones contra el militarismo y el colonialismo de la acción integral contra el capitalismo⁴. En la pugna entre socialdemocracia y comunismo, siempre latió una postura encontrada ante la cuestión colonial que llevó a los socialistas a no comprender suficientemente la cuestión nacional y a oponerse a los procesos de liberación que se esbozaban en algunos puntos del mundo musulmán, desde el Magreb hasta el Oriente medio e incluso extremo. Valga de ejemplo las resoluciones del congreso del Partido Socialista en Marruecos en 1934, integrado por europeos casi en exclusiva, que se negaban a solidarizarse con el «nacionalismo y el racismo marroquíes» y se oponían a la evacuación inmediata de la colonia por considerarla perjudicial para los indígenas y que opinaban que el socialismo debía intervenir en los pueblos colonizados para realizar su emancipación⁵.

Los bolcheviques, una vez triunfante la revolución soviética, se preocuparán de extender la lucha contra el capitalismo a los pueblos oprimidos, víctimas del imperialismo. Pero si bien la revolución soviética creará, dentro del Comisariado del pueblo para las nacionalidades (organismo que presidía José Stalin), un Comisariado central musulmán, dirigido por Sultán Galiev, profesor tártaro que concibió un proyecto de liberación de los pueblos colonizados como base de la revolución a escala planetaria, pronto la cuestión nacional fue acallada con el pretexto de que el socialismo la hacía inútil. Con una visión del Islam que lo entendía como cemento cultural de las civilizaciones impregnadas de él, Sultán Galiev, antes de caer en desgracia, soñó con secularizarlo pero conservando la fuerza de las tradiciones. Por eso creó un partido comunista musulmán de estilo integrador, que defendía una estrategia política basada en la alianza durable entre pequeña burguesía y proletariado en los países musulmanes. Lo que, paradójicamente, habría de ser la base de la ideología frentepopulista a partir de 1935, cuando los fascismos empiecen a amenazar a Europa. Reunió así Sultán Galiev en Bakú en septiembre de 1920, el primer congreso de los pueblos de Oriente y se llegó así a la creación por Lenin de la Universidad de los pueblos de Oriente en 1921, hogar de cuadros provenientes de los continentes

4 Ver Carlos Rafael Rodríguez, «Lenin y la cuestión colonial», en *Casa de las Américas*, 59 (marzo-abril de 1970), pp. 7-37; citado en B. López García, *El socialismo español y el anticolonialismo (1898-1914)*, Suplementos de Cuadernos para el diálogo, Madrid 1976, p. 12.

5 Recogido en B. López García, *Política y movimientos sociales en el Magreb*, CIS, Madrid 1989, pp. 25-26.

colonizados para preparar una revolución a escala mundial⁶. De esta manera la Unión Soviética empezó a pasar por la Meca de ciertos movimientos de liberación, empezando por los partidos comunistas ortodoxos que se extendieron con mayor o menor fortuna e influencia por todos los confines del mundo colonizado. Su apoyo a la lucha de Muhammad Ben Abdelkrim el Jattabi en el Rif entre 1921 y 1926 fue, aunque no decisivo, sí sintomático de su creencia en que la lucha de los pueblos oprimidos acercaba la hora de la revolución mundial. Como nos recuerda Maurice Nadeau en su obra sobre el surrealismo, Abdelkrim llegaría a convertirse en un mito no sólo de los pueblos oprimidos sino de las mismas vanguardias artísticas en los años veinte. Su «carta a las naciones civilizadas» pasa por ser un verdadero manifiesto anticolonial, que denunciaba la contradicción de la acción colonial militar con los ideales humanitarios y reclamaba un «sistema de gobierno para sí sólo»⁷.

Estos terceros mundos ya emergían, pues, en 1927, cuando se celebre en Bruselas la primera Conferencia Internacional contra el Imperialismo, antecedente de lo que habría de ser un cuarto de siglo después la de Bandung, y en la que estuvieron presentes personalidades de unos u otros campos tales como Nehru, Einstein, Barbusse, Sun Yat Sen o el indonesio Mohammad Hatta.

Reformismo, anticolonialismo e independencias

La segunda guerra mundial sobreviene cuando en los países colonizados existan ya amplios movimientos nacionalistas que tienen definidos en muchos casos una línea que conduce a las independencias nacionales. No todos los nacionalismos libertadores han nacido en el Tercer Mundo con una aspiración clara a la independencia. Surgidos, la mayoría de ellos, en el seno de clases medias —y a veces acomodadas— indígenas, han vivido durante décadas acompañados con las reformas que sus reivindicaciones lograban del sistema colonial. El Partido del Congreso Indio, fundado en 1885, será un buen ejemplo de ello hasta después de la primera guerra mundial. O los movimientos reformistas magrebíes entre los años veinte y treinta del siglo XX. Pero la conexión de dichos partidos o grupos con los movimientos sindicales y obreros aportará una dimensión nueva a aquéllos que los decantará hacia la demanda de la independencia. En 1934 las ideas socialistas llegan en la India al propio Partido del Congreso, constituyendo un ala que contribuirá a marcar la actuación y contenido del movimiento independentista. En el Magreb las ideas comunistas condicionarán la formación de las secciones sindicales y ejercerán su influjo sobre —aunque a veces por rechazo— de los nacionalismos de masas, tales como el partido Neodesturiano en Túnez o el Comité de Acción Marroquí.

6 Maxime Rodinson, «Communisme et Tiers Monde: sur un précurseur oublié», en *Marxisme et Monde Musulman*, Seuil, Paris 1972, pp. 375-389.

7 Ver texto en María Rosa de Madariaga, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, 2ª edición, La Biblioteca de Melilla, Melilla 2000, pp. 573-575.

La segunda guerra mundial será un momento de trastoque del estatus colonial. Los nazis explotarán la pugna entre las naciones aliadas imperialistas y sus colonizados, intentando granjearse la simpatía de algunos nacionalistas, aunque fracasarán de manera general en su empeño. Por su parte los japoneses, interviniendo en China, ocupando Indonesia o Filipinas y manipulando a ciertos regímenes como el de Birmania o Camboya, se convertirán en árbitros del sudeste asiático hasta su derrota al final de la guerra. Los movimientos revolucionarios o independentistas aprovecharán la ocasión para definir en muchos casos las estrategias de liberación. Así ocurrirá en países como la India, donde la guerra hace madurar el proceso anticolonial, o en Indonesia, donde el nacionalismo explota su relación con Japón para hacer definitivo el fin del dominio holandés. También será el caso de los países dependientes de Francia, tanto los árabes del Medio Oriente como Siria y Líbano, a los que se les promete la independencia, y que acabarán tomándosela por su mano, no sin resistencias, desde 1943; como los del Magreb, Argelia, Marruecos y Túnez, que redactarán sus manifiestos por la independencia y pasarán factura por su participación en la liberación de Europa del nazismo. Pero todavía los tiempos no están maduros para que suene el ocaso de la colonización. Eso obliga, por ejemplo, a Vietnam, tras expulsar a los ocupantes japoneses en 1945, a emprender una guerra de liberación contra Francia, instalada en el país desde hacía casi un siglo y que decidirá retirarse tras su derrota en Dien Bien Fu en 1954. Una derrota que tuvo resonancias de ámbito mucho más que local y que dará origen a una intervención americana que se prolongará aún dos décadas.

La unión busca la fuerza

En 1945 los estados árabes independientes crearán la Liga Árabe, que busca la asociación para la cooperación, convirtiéndose en un polo de promoción de las luchas anticoloniales en los países arabófonos aún sometidos. El Cairo será la Meca para las jóvenes naciones norteafricanas, que crearán el 5 de enero de 1948 un Comité de Liberación del Magreb, presidido por la figura legendaria de Muhammad Ben Abdelkrim Al-Jattabi, el héroe de la resistencia rifeña en los años veinte convertido, como ya he dicho, en precedente mítico de todas las campañas libertadoras en los países emergentes de lo que se llamará el Tercer Mundo. En dicho Comité estaban integrados los *istiqlalíes* del norte y sur de Marruecos, los *messalistas* del Partido Popular de Argelia, los viejos *desturianos* y *burguistas* de Túnez. En su manifiesto, de un elevado islamismo libertador, se afirmaba que

«El Magreb árabe debe su existencia al Islam. Ha vivido por el Islam; y es según el Islam como se dirigirá en el curso de su porvenir».

También se proclamaba que «ninguna negociación antes de la independencia» y que «no aceptaremos ninguna solución que no realice nuestra independencia completa y nuestra soberanía total»⁸.

La independencia de la India, en el verano de 1947, fruto de un largo proceso de resistencia original, será un acontecimiento que marque el despertar de las naciones sometidas al yugo colonial. Aunque la escisión de su noroeste y este, musulmanes en mayoría, para crear la república de Pakistán, revelará que los nacionalismos étnicos son siempre explotables por élites exteriores e interiores, aunque encierren riesgos de desunión que pongan en entredicho la fuerza de los recién liberados.

En 1949 se llegará a constituir en el seno de la ONU el grupo arabo-asiático, integrado por doce estados independientes: Afganistán, Arabia Saudí, Birmania, Egipto, India, Indonesia, Iraq, Iran, Líbano, Pakistán, Siria y Yemen. Se empiezan, pues, a dibujar, las primeras alianzas entre países jóvenes y marginados de las esferas de decisión de la política mundial que extienden la idea de que la asociación es un arma importante frente a los viejos dominios coloniales.

En el continente africano empiezan a surgir las primeras asociaciones de carácter político y cultural que reclaman libertades. Ciertamente que las inspiran en muchos casos algunos de los que Jean-Paul Sartre califica con dureza en su prólogo a *Los condenados de la tierra*:

«se seleccionaron adolescentes, se les marcó en la frente, con hierro candente, los principios de la cultura occidental, se les introdujeron en la boca mordazas sonoras, grandes palabras pastosas que se adherían a los dientes; tras una breve estancia en la metrópoli se les regresaba a su país, falsificados»⁹.

Incluso de entre éstos surgieron aquellos que reclamarían la emancipación desde asociaciones como ABAKO (Asociación de los Bakongo para la unificación, conservación y desarrollo de la lengua Kikongo), en las que en países como el Congo militarían nacionalistas como Lumumba o Kasavubu. Los partidos de carácter nacional no llegarán hasta más tarde, a mediados de los cincuenta.

China, un nuevo polo de emergencia

La proclamación de la República Popular de China el primero de octubre de 1949 supuso un paso decisivo en la emergencia de los terceros mundos. Con sus 575 millones de habitantes, el país más poblado del planeta, China, despierta de un largo período

8 Ver texto del documento en Claude Collet y Jean-Robert Henry, *Le mouvement national algérien. Textes 1912-1954*, París 1978.

9 Prólogo a Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México 1963, p. 7.

dominado por guerras civiles, ocupaciones extranjeras, taifas enfrentadas en manos de caudillos militares, rebeliones populares de diverso corte. Unificada (dejando a un lado el caso de Formosa) por primera vez desde la revolución de 1911, arropada por los países del bloque del Este, reconocida sólo por algunos países neutrales, se va a enfrentar a un bloqueo de inspiración americana mientras en su seno comienzan transformaciones profundas: reforma agraria, cooperativismo, nacionalizaciones. En pocos años, de país agrícola se mudó en potencia industrial, convirtiéndose en modelo de cambio para muchos países del Tercer Mundo, logrando controlar en cierto modo el problema más importante, el de la demografía, manteniendo el peso de lo agrario y evitando una urbanización descontrolada. De este modo, dos décadas después de la revolución, en el momento turbulento de la Gran revolución Cultural de fines de los sesenta, el 80 % de su población seguía siendo rural.

Manteniendo unas relaciones de frialdad con la Unión Soviética, el comunismo chino afirmó su propia línea a la muerte de Stalin, reforzando su papel dirigente en la escena mundial como guía de muchos procesos libertadores e independentistas en los continentes africano e incluso americano. Su reconocimiento internacional no llegaría hasta 1971 en que fue admitida en las Naciones Unidas en sustitución de Taiwan, la China nacionalista, ocupando un puesto en el Consejo de Seguridad entre las Grandes Potencias, seis años después de haber hecho su primera demostración atómica para advertir al mundo de la incongruencia de su no reconocimiento internacional.

Los Estados Generales del tercermundo: Bandung

¿Cómo se concebía el mundo en los años cincuenta? ¿A qué aspiraban las élites políticas de esos mundos emergentes al cumplirse el medio siglo?

Josué de Castro veía con claridad que los verdaderos problemas del momento eran los que oponían riqueza a pobreza, así como el foso que crecía cada vez más entre unos y otros países. En 1954, en un discurso pronunciado en el Consejo Mundial de Paz en Estocolmo advertía que:

«el mayor peligro contra la paz es el desequilibrio que divide al mundo actual en dos mundos antagónicos (...) En nuestro mundo actual los veinte países más ricos del mundo que concentran apenas el 16 % de la población mundial, disfrutan de una renta de más del 70 % de la renta universal. Y entre tanto, en el otro extremo, los quince países más pobres del mundo, en los que se concentran el 50 % de la población mundial, no disponen sino del 10 % de la renta total del mundo»¹⁰.

10 «A los pobres pertenece el reino de la tierra», en *Ensayos sobre el subdesarrollo, Siglo XX*, Buenos Aires 1965, p. 158-159.

Ante esa situación, totalmente contradictoria con las esperanzas que el nuevo orden mundial surgido de la segunda posguerra mundial había despertado, empiezan a cundir los ideales descolonizadores. Tras más de 150 años sometidos a la humillación del Occidente euro-americano, los pueblos de Tercer Mundo, en expresión de Maxime Rodinson¹¹, sufren una idéntica ruptura, la del fin de la resignación.

En este marco, la Conferencia de Bandung, inaugurada el 18 de abril de 1955, supone el primer acto colectivo de los nuevos países del tercer Mundo. De ahí que se la haya considerado «los estados generales del Tercer Mundo»¹². Su ideólogo fue el Primer ministro indonesio el Dr. Sastroamijoyo, conocido por sus ideas en defensa de la descolonización (había dicho en 1953 que «no cabe nación feliz en tanto persistan naciones colonizadas»), que recibió un mandato para la convocatoria de su gobierno y de los de India, Ceilán, Birmania y Pakistán. Asistieron veintinueve naciones de Asia y África: entre los dirigentes, el Primer ministro del nuevo coloso asiático, China, Chu En Lai; el Rais de Egipto, Nasser; el príncipe Faisal de Arabia Saudí; Yawaharlal Nehru e Indira Gandhi por la India¹³. No habrían de faltar tampoco las jóvenes naciones del Norte de África que al no ser independientes no contaron más que con observadores. Aunque su documento final no pasó de un pliego de lamentaciones (se consideraba inadecuada la representación de los países afro-asiáticos en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, se «deploraba» la política de segregación racial en África...) o una declaración de aspiraciones (necesidad del fomento del desarrollo económico, de la cooperación, apoyo al principio del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos...), propondría diez principios tan genéricos como el respeto a los derechos humanos, a la soberanía e integridad territorial, abstención del uso de la fuerza... siempre en un tono nada altivo y casi mendicante que no le privó de convertirse en símbolo de los países sin voz, de una nueva filosofía, la del «neutralismo positivo».

Bandung supondrá, pues, el punto de partida de una cadena de descolonizaciones que tendrá su punto culminante en el año 1960 en el que accedieron a la independencia Alto Volta, Camerún, la República CentroAfricana, Zaire, la República Popular del Congo, Costa de Marfil, Chad, Chipre, Dahomey (Benin), Gabon, Madagascar, Mali, Níger, Nigeria, Senegal, Somalia y Togo. Una larga lista que se sumaba a la de unos pocos países Africanos ya independientes y que precedía a otra no menos larga aunque extendida en el tiempo que arrumbaría al desván de la historia al fenómeno de la colonización, aunque no a sus secuelas.

11 «Marxisme et Tiers Monde», en *Marxisme et Monde Musulman*, Seuil, Paris 1972, p. 299.

12 Ver Arthur Conte, *Bandoung, tournant de l'Histoire*, Robert Laffont, París 1965.

13 Los otros países, aparte de los citados: Ceilán, representado por su Primer Ministro John Kotelawala; Pakistán (Muhammad Alí, Primer Ministro); Afganistán (Ministro de Asuntos Exteriores); Camboya (ex-rey Norodom Sihanuk); Ghana (K. Nkrumah); Etiopía (MAE); Irán (M. Finanzas); Irak (MAE); Japón (cuya delegación la presidió un hombre de negocios); Jordania (Walid Bey Salah, Primer Ministro); Laos; Líbano (Sami Solh, Primer Ministro, asistido por una representación de cada comunidad importante); Liberia; Libia; Nepal; Filipinas; Sudán; Siria; Tailandia; Turquía; Vietnam del Sur y del Norte; y Yemen.

Nasser, Giap, *condottieri* del siglo XX

Desde el mundo islámico, los años cincuenta se van a vivir como una etapa clave en la liberación. Una liberación que se imaginaba iba a permitir realizar además la revolución árabe. Gamal Abdel Nasser, su figura más destacada, proclamaría en su obra *Filosofía de la Revolución*¹⁴ que «la época del aislamiento ha terminado definitivamente. Pasaron los días en que el alambre de espino marcaba las fronteras que separaban y aislaban a los países». Egipto, inmerso en un triple círculo, árabe, africano e islámico, comparte con sus naciones vecinas «una lucha terrible por su porvenir», de la que no puede sentirse ajeno en tanto que «guardián de la puerta norte del continente».

«Para nadie puede pasar desapercibido —dirá— el hecho de que África es, actualmente, el escenario donde se desarrolla una extraña y violenta conmoción. El hombre blanco, representante de varias naciones de Europa, trata otra vez de repartir de nuevo las tierras del continente Africano. No podemos permanecer, pues, como simples espectadores, ni atrincherarnos, egoístamente, en la creencia de que no nos afectan tales maquinaciones»¹⁵.

En este librito Nasser sugiere por primera vez el potencial del petróleo como arma, en tanto que «columna vertebral de la civilización material» (p. 71) y deja adivinar en este mismo plano la fuerza cohesiva de la fe compartida con el mundo islámico:

«Cuando pienso en los 80 millones de musulmanes de Indonesia, en los 50 millones distribuidos entre Malaya, Siam, Tailandia y Birmania, en los 100 millones de Pakistán, en más de 100 millones que viven en el Oriente Medio, en los 40 millones de la Unión Soviética y en los varios millones más que residen en otros remotos y dispersos rincones del mundo, cuando peso y valoro lo que representan estos cientos de millones de musulmanes, unidos en un todo homogéneo, por una misma fe, me doy cuenta de lo que podría lograrse de una cooperación que, sin menoscabar en nada su lealtad a sus países de origen, aseguraría, para ellos y para sus hermanos del Islam, un poder ilimitado» (p. 76).

Aunque el mundo que nos dibujan intérpretes como Nasser tenía un futuro esperanzador, no deja por ello de presentar riesgos. De ahí que otros lo pinten con pesimismo, como en el caso de Kwame Nkrumah. El neocolonialismo es, para él, no sólo la prolongación del viejo drama colonial, sino un intento de exportar los conflictos sociales fuera de los países capitalistas¹⁶. «Es también —dirá— la peor forma del imperialismo. Para quienes

14 Traducción castellana, Madrid 1970, p. 57.

15 *Filosofía de la revolución*, p. 74.

16 *Neo-colonialismo, última etapa del imperialismo*, Siglo XXI, México 1966, p. 5.

lo practican, significa poder sin responsabilidad y, para quienes lo sufren, significa explotación sin desagravio».

Pero hay también otros intérpretes, los revolucionarios voluntaristas: el General Vo Nguyen Giap, Patricio Lumumba, Mehdi Ben Barka, Che Guevara. El primero, prototipo del vencedor, hablando del combate del sudeste asiático, diría:

«La guerra de liberación del pueblo vietnamita ha contribuido a poner en evidencia esta nueva verdad histórica: en la coyuntura internacional de hoy, un pueblo débil que se levanta y combate resueltamente por su liberación es plenamente capaz de vencer a sus enemigos cualesquiera sean y lograr la victoria final»¹⁷.

Se empieza a construir una ideología libertadora de la que Giap será uno de sus pilares básicos. La liberación que se pregona va más allá de la recuperación de la soberanía nacional. Es una liberación social. Se cree vivir en una coyuntura internacional desde después de la segunda guerra mundial, caracterizada como «la época de transición del capitalismo al socialismo, la época de la desintegración del imperialismo»¹⁸.

La generación de los ángeles caídos

Los otros nombres citados son más bien «ángeles caídos» en plena inmolación por su pueblo. Patricio Lumumba representa al hombre vulnerable, a la víctima del neocolonialismo. Con su asesinato, los mundos emergentes sufren su primera gran decepción. Aunque su mensaje no tuvo miedo de ir a contracorriente: «Estamos convencidos —dirá— de la existencia de una ley superior a la del egoísmo: la ley que une a los hombres libres (...) Nosotros nos hemos dirigido al mundo, no a los bloques, planteándonos con claridad desde el comienzo de una política de neutralidad positiva»¹⁹.

Mehdi Ben Barka será otra víctima, pero lo será de la reacción interior que pervive en esos terceros mundos. Su empeño en trazar una «opción revolucionaria para Marruecos», título del libro que recogió algunos de sus escritos tras su secuestro y muerte en 1965, pasaba por «dar a la palabra *desarrollo* la resonancia emocional que tuvo la palabra *independencia*»²⁰. Pero un desarrollo no concebido de manera «matemática», cuantificable en cifras, sino bajo un prisma humano, social y cultural. Su muerte, cuando preparaba la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina (que

17 *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*, Ed. Era, México 1971, p. 43.

18 *Ibid.*

19 *Libertad para el Congo*, Equipo Editorial, San Sebastián 1968, p. 92.

20 *Opción revolucionaria para Marruecos*, Ediciones de Cultura popular, Barcelona 1967, p. 171. En 1999 su hijo Bachir Ben Barka recopiló sus escritos políticos en una edición: Mehdi Ben Barka, *Écrits politiques 1957-1965*, Editions Syllepse, París 1999, con una introducción de René Gallissot.

habría de celebrarse en La Habana en enero de 1966), fue todo un síntoma de las esperanzas que se quebraban.

Porque hasta entonces, la revolución cubana primero, la argelina después, formaban parte de un imaginario rebelde positivo y victorioso. Rebeldía hecha de esfuerzo y servicio. El Ché será una buena prueba del modelo y de ahí su mito: un mito que reduplicará su trágica muerte en la guerrilla boliviana.

«Pueden tener seguridad nuestros amigos del continente insumiso —dirá—, que, si es necesario, lucharemos hasta la última consecuencia económica de nuestros actos y si se lleva más lejos aún la pelea, lucharemos hasta la última gota de nuestra sangre rebelde, para hacer de esta tierra una república soberana, con los verdaderos atributos de una nación feliz, democrática y fraternal de sus hermanos de América»²¹.

La Conferencia de Solidaridad con los pueblos de Asia, África y América Latina, se celebró como estaba previsto en 1966 en Cuba. Once años después de Bandung la ideología libertadora del Tercer Mundo se encontraba mucho más consolidada y con un pulso más firme y agresivo. Se valoraba el momento político como en el que «los imperialistas no pueden ya contener el torrente emancipador de los pueblos». «Los principios de Bandung —se diría en su declaración final— han adquirido un concepto popular y ampliamente revolucionario»²², en alusión directa a la Conferencia Afroasiática celebrada en El Cairo en 1958. Eran los tiempos de la «solidaridad activa, dinámica y militante». Pero el que hubiera debido ser su Secretario, el Mehdi Ben Barka, era ya un ángel definitivamente caído tras su secuestro y asesinato en París a fines de octubre de 1965. Era todo un signo del declive posterior de los terceros mundos.

La década de los setenta

La guerra de los seis días en junio de 1967, el mayo de 1968 y el fin de la guerra de Vietnam en enero de 1973 son tres acontecimientos que, aunque de signo diverso, marcan toda una época de transición para los países del Tercer Mundo. Para los países árabes, la primera de las fechas significa el comienzo del ocaso del nacionalismo árabe, provocando una gran crisis de conciencia (de 98 árabes, podría calificársele) entre los intelectuales y las élites, que se escindirán desde entonces en realistas (con el tiempo socialdemócratas y hasta liberales) y apocalípticos, partidarios de acciones terroristas. Éste fue el camino que adoptó, en un primer momento, la resistencia palestina, cegadas las vías para una recuperación de sus territorios.

21 *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Era, México 1969, p. 250.

22 «Declaración política general», en *Tres continentes*, Ediciones Prensa Latina, La Habana 1966, p. XVI.

Mayo del 68 fue también una explosión de solidaridad de los hijos del «Tercer Estado» con el Tercer Mundo, que sobrevino sin embargo cuando los países subdesarrollados habían encontrado las primeras dificultades en su liberación.

La guerra de Vietnam terminada permitió, pese a la derrota del coloso americano, que nuevos conflictos se engranasen en la zona, pero ya sin la limpieza ni justicia de la lucha vietnamita, contribuyendo a difundir los primeros mensajes del desencanto.

Bertrand Russell había dicho:

«Los Estados Unidos son hoy una fuerza al servicio del dolor, la reacción y la contrarrevolución en todo el mundo. Donde quiera que se explote y se haga pasar hambre a un pueblo, donde quiera que haya oprimidos y humillados, el agente del mal vive gracias a la ayuda y consentimiento de los Estados Unidos. Sea Mobutu en el Congo, Branco en Brasil, Pak en Corea, Thanom en Thailandia, Ngo Dinh Diem o Cao Ky en Vietnam, las armas que matan al pueblo llevan la marca de fábrica de América»²³.

La demonización de los USA fue, para toda la izquierda mundial, un *leit motiv* permanente. Y lo avalaban las nuevas intervenciones en los tres continentes olvidados. En poco tiempo, en los años setenta, toda una cadena de golpes de estado que implantarán regímenes totalitarios van a matar las esperanzas de una liberación social que fuera más allá de la política. Chile fue el ejemplo más evidente.

Y en este contexto, ligado una vez más al conflicto israelo-árabe, va a tener lugar la crisis petrolera, que tantas consecuencias acarreará en los procesos futuros de endeudamiento endémico en los países del Tercer Mundo.

En el arranque se encuentra el uso del arma del petróleo, que sugiriera —como se ha dicho más arriba— Nasser en su *Filosofía de la revolución*. Arma sensible, pues ya se había visto las reacciones que producía cuando alguien pretendía tocar el poder de las grandes compañías. Mossadeq fue un buen ejemplo. Con todo, en 1960, un venezolano (Juan Pablo Pérez Alfonso) y un saudí (Abdallah Tariki) decidieron poner en pie una asociación de países productores que escapara al dictado de las «Siete Hermanas», las siete grandes del petróleo que controlaban gobiernos y la producción y distribución mundial. Será la OPAEP, organización derivada de la inicial OPEP, la que, para presionar a Israel, decidirá en reunión del 16 de octubre de 1973, diez días después del inicio de la cuarta guerra israelo-árabe, recortar la producción un mínimo de 5 % cada mes «hasta que se complete la retirada de Israel de todos los territorios árabes ocupados en junio de 1967 y hasta que los derechos legales del pueblo de Palestina se hayan restablecido»²⁴. En noviembre se decide una reducción general de la producción del 25 % y la subida de los precios en un 70 %. En enero de 1974, se aumenta la presión con una nueva subida del

23 *Crímenes de guerra en Vietnam*, Aguilar, Madrid, 3ª ed. 1968, p. 145

24 Ver Roberto Centeno, *El petróleo y la crisis mundial*, Alianza Universidad, Madrid 1982, p. 27.

128 %, lo que hará que de 3 dólares el barril Arabia ligero en 1º de octubre de 1973, el precio pasase a 5,1 dólares en noviembre y a 11,6 dólares en enero siguiente. Pero si el carburante multiplicó por cuatro su precio de referencia, o por ocho si se toma como punto de referencia el primero de enero de 1970, los precios de las materias primas de las que vivían la mayoría de los países del mundo apenas si se duplicaron. Los resultados serán visibles: grandes beneficios para los países exportadores y las compañías petroleras y espiral de endeudamiento para los países del Tercer Mundo. De este modo, los países de la OPEP, cuyos excedentes en los cuatro años anteriores a 1974 habían sido del orden de 10.000 millones de dólares, tras la crisis petrolera, en los cuatro años después ascenderán a 175.000 millones de dólares: 17 veces más. La contrapartida será que, entre 1974-78, el déficit de los países de industrialización media será de 39.000 millones de dólares, y en el caso de los países en vías de desarrollo, el déficit será de 183.000²⁵.

La deuda

Hace cien años, el comienzo de la colonización en los países del Norte de África estuvo ligado a la deuda de dichos países y a la intervención de las potencias. Éste fue el caso de Marruecos, que vio intervenir sus aduanas por Francia o España para recuperar lo que adeudaba, o los de Egipto y Túnez que vivieron sometidos a la tutela financiera de una Comisión Internacional de la Deuda desde antes de ser ocupados militarmente, lo que constituyó la antesala de la colonización.

Hoy, la deuda de los países del Tercer Mundo alcanza unas cantidades insospechadas hace un siglo y que desde luego le impiden tener una existencia soberana. Tutelas financieras se ejercen desde organismos internacionales como el Fondo Monetario o el Banco Mundial y sus sugerencias de políticas a aplicar producen a veces estallidos sociales que se acaban saldando con represiones violentas. Por citar unas cifras ilustrativas, la deuda pública a largo plazo de los países del continente africano ascendía en 1970 a 9.295 millones de dólares. En 1990 se había multiplicado por 24, elevándose a 223.932 millones. Lo mismo puede decirse de los otros continentes, Asia o América.

No cabe, sin embargo, pensar en una repetición de la historia, en una nueva era de colonizaciones como la de antaño, pero los grandes bloques económicos que se diseñan (USA, Europa y Japón) ejercen un dictado económico, una «nueva tutela» sobre sus países de influencia y asistimos sin duda a una nueva redistribución geográfica del mundo, una especie de nuevo Yalta.

Cabe, eso sí, preguntarse qué fue de las esperanzas libertadoras de los años cincuenta y sesenta, por las que tantas vidas se entregaron en busca de un mundo más justo.

25 *Ibid.*, p.30.

Conclusión

Para terminar, sería útil recordar, en este mundo en el que parece revivir, con el pretexto de lo humanitario, el llamado «derecho de injerencia» —y que, no es casualidad, se ejerce con países del Tercer Mundo, acelerado desde la Guerra del Golfo en 1991—, las palabras con las que concluye Frantz Fanon su libro *Los condenados de la tierra*, obra que se ha considerado como la Biblia del Tercer Mundo, escrito en los tiempos de la fe:

«Si queremos transformar a África en una nueva Europa, a América en una nueva Europa, confiemos entonces a los europeos los destinos de nuestros países. Sabrán hacerlo mejor que los mejor dotados de nosotros.

Pero si queremos que la humanidad avance con audacia, si queremos elevarla a un nivel distinto del que le ha impuesto Europa, entonces hay que inventar, hay que descubrir (...)

Por Europa, por nosotros mismos y por la humanidad, compañeros, hay que cambiar de piel, desarrollar un pensamiento nuevo, tratar de crear un hombre nuevo»²⁶.

Casi cuarenta años después de escritas estas palabras siguen recordando que los mundos por emerger aún no lo han hecho. Siguen esforzándose por crear, en expresión de Fanon, «una tercera Europa», que intensifique si cabe «las taras» que la segunda, los Estados Unidos, han engendrado por imitar a la vieja Europa. Y lo paradójico es que los pocos caminos que se ofrecen sean los tratados de libre comercio, las asociaciones de los terceros países con los del centro, Méjico con USA, el Magreb y los países mediterráneos con la Unión Europea, los dragones asiáticos con Japón. Sin olvidar que en esos procesos los nortes se tocan, pero los sures se desgajan y surgen disfunciones como la que reveló en Méjico la rebelión de Chiapas. Que no fue —dejando a un lado manipulaciones e instrumentalizaciones— sino un recordatorio de que mientras perviva la miseria —y con ella la incultura—, paz y estabilidad no tienen sentido. Como no es sino la verificación de que la emergencia de los terceros mundos fue un espejismo y que hace falta esperar un nuevo ciclo para que resurjan nuevos proyectos y nuevas esperanzas; para que se defina una nueva «necesidad de cambio» como aquella que representara la descolonización hace medio siglo. Sectores de algunos mundos, como el islámico, reclaman, en la xenofobia, una salida. Se diría que retornamos a la idea de hace cien años del «Egipto para los egipcios». ¿Estaría menos justificado ahora que hace un siglo? O ¿acaso para los condenados de la tierra de hoy no es más evidente que antaño —por la televisión, por el cine, por la calle— la enorme distancia entre los dos mundos, el de la pobreza y el de la opulencia?

26 *Los condenados de la tierra*, *ob.cit.*, pp. 291-292.

Lo que resalta sin duda es la pobreza de los proyectos que se enfrentan en este arranque del siglo XXI: la muerte del Estado-providencia de un lado, con la exaltación impúdica del ultraliberalismo y del «sálvese quien pueda»; de otro, una difusa solidaridad en la ignorancia que recuerda el «muera la inteligencia» que tan nocivos efectos tuviera en nuestro propio mundo. Frente a tan aberrante alternativa sigue siendo vigente el llamamiento de Fanon al egoísmo solidario:

«Por Europa, por nosotros mismos y por la humanidad, hay que cambiar de piel, desarrollar un pensamiento nuevo, tratar de crear un hombre nuevo».